

al cielo para llegar á la vista de Dios, de la que estaban privados como lo habían estado todas las almas antes de la Ascension de Jesucristo (esto (§) es, no solamente una opinion, sino un dogma de la Iglesia). Las razones que saca San Agustin de la palabra de Dios, para defender que se despojaron de nuevo de sus cuerpos trasfigurados, me parecen perentorias. Hállalas en la Epístola á los hebreos, cuyo autor iluminado por el Espíritu Santo, dice, hablando de los grandes santos de la antigua alianza: “Y todos estos probados con el testimonio de la fé, no recibieron la promesa (es decir, el objeto de la promesa, segun el uso de la lengua hebrea), proveyendo Dios algo mejor por nosotros, para que no fuese consumada su felicidad sin nosotros. (Cap. XI, 39 y 40).” No quiere decir esto que estén privados de la dicha de ver á Dios hasta el dia del juicio; pero solo entonces recibirán el cuerpo *configurado al cuerpo de su gloria* (de Jesucristo) *segun la virtud eficaz con que puede tambien sujetar á él todas las cosas*, como dice el Apóstol (ad Philip. III, 21).

(§) Es decir, que antes de la venida del Salvador, no disfrutaron de la vision beatífica.—(Nota del aprobante mexicano).

LIBRO SEXTO.

Desde la muerte de Jesucristo hasta la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles.

CAPITULO PRIMERO.

IMPRESION QUE HICIERON ESTOS PRODIGIOS EN EL CENTURION Y EN LA MULTITUD DE ESPECTADORES.

“Y viendo el centurion que estaba enfrente de él, el temblor de tierra, y que habia espirado dando un grito, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.

“Y toda la multitud de los que asistian á este espectáculo y veian lo que pasaba, se volvian dándose golpes de pecho.

“Y estaban á lo lejos todos los conocidos de Jesus, y las mugeres que le habian seguido desde Galilea viendo esto, y entre ellas estaban María Magdalena y María, madre de Santiago el menor y José, y Salomé, madre de los hijos de Zebedeo, que le habian seguido tambien cuando estaba en Galilea y le servian, y otras muchas que habian subido con él á Jerusalem (1). (San

(1) *Diakoncin, ministrare*, debe entenderse aquí de la asistencia en las necesidades de la humanidad, que son el alimento y el vestido, á que quiso sujetarse el Hijo de Dios, como vemos en San Lucas. “Porque vos-

Mateo, XXII, 54 á 56, San Márcos, XV, 39 á 41, y San Lucas, XXIII, 47 á 49)."

CAPITULO II.

UN SOLDADO TRASPASA A JESUS EL COSTADO CON LA LANZA.

"Los judíos, pues, (porque era el día de la parasceve) para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado (porque era grande aquel día de sábado), suplicaron á Pilato que se les quebrantasen las piernas y fuesen bajados. Vinieron, pues, los soldados y quebrantaron las piernas de los dos que habian sido crucificados con él. Mas al llegar á Jesus, como vieron que ya habia muerto, no le quebrantaron las piernas (1); pero uno de los

otros sabeis, dice San Pablo (Epist. I ad Cor., VIII, 9), cuál fué la caridad de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, se hizo pobre por amor vuestro, para que vosotros fuérais ricos por su pobreza." El mismo Jesucristo dijo: "Las zorras tienen sus guaridas, y los pájaros sus nidos; mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza." Véase lo que dice San Francisco de Sales á este propósito: "Abrazad, pues, esta pobreza, como la amiga querida de Jesucristo, quien nació y murió con la pobreza, que fué su nodriza toda la vida. (*Introduc. á la Vida devota*, Lib. III, Cap. XIII)."

(1) Se quebrantaban las piernas á los crucificados para acelerar su muerte; con todo, no siempre se conseguia este objeto, y á veces vivian aun todo el día siguiente. En tiempo de Orígenes, es decir, en la primera mitad del siglo III, se traspasaban las axilas de los crucificados para terminar sus tormentos. Así nos lo dice aquel doctor en sus comentarios al Evangelio de San Mateo.

soldados le abrió el costado con una lanza, y al punto salió sangre y agua (*). Y el que lo vió, dió testimonio, y su testimonio es verdadero, y sabe que dice verdad, para que vosotros créais tambien. Porque esto sucedió para que se cumpliese la Escritura: No quebrantareis ninguno de sus huesos. Y otra Escritura dice tambien: Verán á quién traspasaron. (San Juan, XIX, 31 á 37)."

No quebrantareis ninguno de sus huesos. Dios decía estas palabras respecto del cordero pascual, figura de Jesucristo, que fué inmolado por nosotros en la fiesta de la pascua, y que se ofreció voluntariamente por nuestra salud.

El tono solemne con que nos habla el evangelista San Juan, de la abertura del costado de Jesus, y la manera con que el profeta la habia predicho, y que aquel menciona de nuevo en su Apocalipsis, me parece que justifican la interpretacion de los Santos Padres, los cua-

(*) La divina Providencia permitió esto, para que no quedase la menor sombra de duda de la muerte del Redentor, con lo que fuese despues mas gloriosa su resurreccion. Muchos Padres, con San Agustin, reconocen el misterio de la eucaristia, en la sangre que salió del costado: y en el agua, el sacramento del bautismo. Vulgarmente se cree, que se llamaba Longino el soldado que atravesó el pecho del Señor con una lanza. No consta su nombre: y esta opinion nace de la equivocacion, que ofrece una voz griega, que significa *lanza*. La version árabe de la edicion Erpeniana, añade la palabra atravesó su costado *derecho*; para hacer ver sin duda, que aquella agua habia salido milagrosamente del costado derecho: lo que no seria si hubiese salido del costado siniestro, el cual herido y penetrado con la lanza, naturalmente debia salir agua y sangre. Esto, pues, fué misterioso y sobrenatural. (Nota del Illmo. Scio al cap. XIX de San Juan).

les veian una significacion misteriosa en este suceso. En la sangre y el agua vieron los dos sacramentos principales, el bautismo y la eucaristía, que encierran las gracias copiosas encomendadas por el Hijo de Dios á su Iglesia, á quien él llama su esposa, y que salió, por decirlo así, con estos sacramentos del costado de su cuerpo, que dormía un breve sueño de la muerte, á la manera que salió Eva del cuerpo de Adam dormido. El mismo discípulo amado dice de Jesus en su primera Epístola (capítulo V, v. 6): “Este Jesucristo es el que vino por el agua y la sangre, no solamente con el agua, sino con el agua y la sangre.”

CAPITULO III.

SEPULTURA DEL SEÑOR: GUARDIAS EN SU SEPULCRO.

“Y siendo ya tarde (porque era la parasceve que es el dia antes del sábado), José de Arimatea, noble decurion, hombre virtuoso y justo que esperaba tambien el reino de Dios, como que era discípulo de Jesus, pero oculto por miedo á los judíos, y que no habia consentido en el designio ni en los actos de los otros, entró atrevidamente en casa de Pilato, y le pidió el cuerpo de Jesus (1). Mas Pilato, extrañando que hubiese muerto

(1) José de Arimatea se llamó así de una ciudad que se cree ser la misma que Rama, en las montañas de Efraim, patria de Samuel. Asá, rey del reino de Judá, la habia conquistado del poder de Basaa, rey de Israel. (Lib. III de los Reyes, XV, 22). Demetrio Soter la restituyó á los judíos

ya, llamó al centurion y le preguntó si estaba ya muerto, y habiéndolo asegurado el centurion, mandó Pilato que fuese entregado el cuerpo á José. Este, habiendo tomado el cuerpo, le envolvió en una sábana limpia.

“Y vino Nicodemus, aquel que se habia presentado de noche á Jesus en otra ocasion, y llevaba una mixtura de mirra y aloes (*) como unas cien libras. Tomaron, pues, el cuerpo de Jesus y le envolvieron en una sábana blanca con aromas, segun acostumbra los judíos sepultar. Y habia en el lugar en que fué crucificado, un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo que José habia mandado labrar en la piedra, y en el cual no

que la habian perdido en tiempo de Macabeo Jonatás. (Lib. I de los Macabeos, XI, 34). En el dia no es mas que un lugar que se llama Samuele. Algunos autores han creído que José era senador de aquella ciudad; pero esta opinion no estriba en ningun fundamento. Habia mandado labrar un sepulcro en la piedra viva para sí, cerca de Jerusalem; luego habitaba en esta ciudad, y una vez que se dice formalmente que no consintió en el designio ni en los actos de los otros, resulta de ahí, que era miembro del sanhedrin en Jerusalem, es decir, del gran consejo.

(*) La mirra, y el aloé, ó acibar, siendo muy amargos, resisten á la corrupcion, y por esto se usaban para embalsamar los cadáveres de la gente mas principal, y tambien para dar fragancia á las vestiduras de los reyes. (Psalm. XLV, 8). Como el peso de cien libras parece excesivo para embalsamar un solo cuerpo, creen unos, que Nicodemus preparó esta porcion para quemar una grande parte de ella en honor de Jesucristo. Otros trasladan la palabra original no por *libra*, aunque significa esto, sino por una suerte de moneda de poco valor, como si dijéramos *peseta*, que tambien significa: y así lo exponen, diciendo que llevó una confeccion de mirra y de aloé, del valor como de cien pesetas. (Nota del Illmo. Scio al cap. XIX de San Juan).

habia sido puesto nadie. Las mugeres que habian seguido á Jesus desde Galilea, María Magdalena y la otra María, madre de José (1), estaban sentadas allí delante del sepulcro. Allí, pues, pusieron á Jesus, á causa de la parasceve de los judíos, porque este sepulcro estaba cerca de Jerusalem. Y José colocó una piedra á la entrada del sepulcro (2), y empezaba el dia del sábado.

“Mas las mugeres que consideraban el sepulcro y cómo habia sido puesto allí el cuerpo de Jesus, volviéndose prepararon aromas y perfumes, y descansaron el sábado segun el precepto.”

El sábado empezaba á la aparicion de las primeras estrellas en el cielo. La diligencia que practicó José en casa de Pilato, donde se retardó, porque este hizo llamar al centurion, la compra de la sábana blanca, de los aromas y perfumes, el descendimiento de Jesus de la cruz, y su unguimento, todo esto debia ejecutarse en el tiempo que pasó entre la muerte del Señor y el principio del sábado, es decir, en unas cuatro horas. Se llamaba *la tarde* todo el tiempo que quedaba desde el sacrificio vespertino, es decir, desde las tres de la tarde.

(1) Madre de José y de Santiago el menor, de Judas Tadeo, y de Simon: era la prima de la Madre de Dios.

(2) Ya hemos notado, que segun el uso de la lengua de los antiguos, se atribuía muchísimas veces á uno la acción que mandaba hacer á todos ó hacia juntamente con ellos. José solo no podia rodar la piedra *porque era muy grande*, y necesitó de la ayuda de muchos. Es posible y aun probable, que por respeto y amor al que estaba en el sepulcro, ayudó á llevar la piedra.

José y Nicodemus habian reconocido á Jesus por el Mesías en vida; pero *el temor de los judíos*, es decir, de sus compañeros en el gran consejo, les habia quitado reconocerle públicamente; sin embargo le amaban, y el peligro de muerte en que estaba el amado, animó su amor. No podemos dudar que Nicodemus y José se declarasen abiertamente por Jesus luego que el gran consejo se reunió contra él. El testimonio dado manifiestamente á Jesus en medio de sus enemigos, atrae nuevas gracias sobre aquel que le da. José se atrevió á presentarse al gobernador romano, y ambos tributaron el obsequio de un precioso embalsamamiento al santo cuerpo que habia pendido de la cruz como una maldición, y esto á la vista de los romanos, para quienes Jesus era *una locura*, y en presencia de los judíos para quienes era un *escándalo*. José le depositó en su propio sepulcro.

“Y al otro dia, que era despues de la parasceve, se juntaron los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, en casa de Pilato, diciendo: Señor, nos acordamos que aquel seductor dijo cuando vivia: Despues de tres dias resucitaré. Manda, pues, que sea custodiado el sepulcro hasta el tercer dia, no sea caso que vengan sus discípulos y le roben, y digan al pueblo: Ha resucitado de los muertos; y el último error será peor que el primero. Pilato les dijo: Teneis guardias (1), id y guardadle co-

(1) Una cohorte de romanos estaba destinada á guardar el templo, ó mas bien, á evitar que el pueblo se sublevara en él, como habia aconteci-

mo sabeis. Y ellos yéndose pusieron guardias al redor del sepulcro, y sellaron la piedra. (San Mateo, XXVII, 37 á 66, San Márcos, XV, 42 á 47, San Lucas, XXIII, 50 á 56, y San Juan, XIX, 38 á 42)."

Es menester confesar, que la prudencia humana empleó los medios mas seguros para evitar la supuesta impostura que se temia. El sello del gran consejo ó del sumo sacerdote, y la guardia de soldados romanos, debian preservar el sepulcro de toda violacion; pero todas aquellas medidas precautorias tomadas solemnemente, no habian de servir sino para divulgar con mas prontitud y generalidad, la resurreccion de Jesus, y para probar su autenticidad. La sabiduría eterna que no estaba sin ejercer su poder, lo dispuso así, para que á causa de estar próximo el sábado, depositase José el cuerpo en su propio sepulcro, cerca de la ciudad que debia ser testigo, y muy cerca del Calvario donde eran sepultados los criminales, y en el enterramiento de un rico, segun la prediccion del gran profeta: "Se le reservaba la sepultura del impío, y fué sepultado en el sepulcro del rico. (Isaías, LIII, 9)."

CAPITULO IV.

DESCIENDE JESUCRISTO A LOS INFIERNOS.

Podemos sentarnos en espíritu con las santas mugeres, cerca del sepulcro del Hijo de Dios, y al verlas de-

do muchas veces. De esta tropa habla Pilato, y de ella debian tomar los judíos la guardia necesaria.

jar aquel lugar con llanto, podemos regocijarnos de antemano, en medio de la afliccion de su alma cubierta de tinieblas, por el triunfo próximo de nuestro divino Salvador. Mas así como hemos seguido su cuerpo hasta el sepulcro, ¡ojalá sigamos tambien su alma hasta el lugar á donde fué despues que inclinó la cabeza, y se consumó todo lo que habia decretado padecer por nosotros desde la eternidad!

Hemos oido qué palabras de salud dirigió Jesucristo, que tiene la palabra de la vida eterna, desde su cruz convertida por él en un trono de gracia, al buen ladrón pendiente de otra cruz á su lado. Hoy, le dice, *estarás conmigo en el paraiso*. Entró, pues, el Hijo de Dios en el paraiso el dia de su muerte. Pero ¿qué paraiso era este? ¿Era el que llamaban los israelitas el seno de Abraham, ó era el cielo en donde los justos perfectos gozaban la dicha de ver á Dios por toda la eternidad en compañía de los espíritus puros?

En nuestros libros santos, así del Antiguo como del Nuevo Testamento, hallamos pasages muy notables sobre la aparicion del Hijo de Dios entre las almas de los muertos, y sobre el objeto de esta aparicion. Dichos pasages son rayos sueltos; pero reunidos en un foco por la tradicion, despiden tal luz en el abismo, que podemos seguir al Hijo de Dios hasta que se oculta á nuestras miradas.

Luego que Jesucristo inclinó la cabeza y se consumó todo lo que habia resuelto padecer por nosotros desde la